

LAS HISTORIAS DE FELICIANA DE LA VOZ Y DE
CORNELIA BENTIBOLLI EN EL DISCURSO NARRATIVO
DE CERVANTES.

Miguel Á. Teijeiro Fuentes
UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA.

Resumen: Se estudian comparativamente las historias de Feliciana de la Voz (*Persiles*, III, caps. 2-5) y Cornelia Bentibolli (*La señora Cornelia*) que presentan elementos muy semejantes.

Resumo: Analizanse comparativamente as historias de "Feliciana de la Voz" (*Persiles*, III, caps. 2-5) e "Cornelia Bentibolli" (*La señora Cornelia*) que presentan elementos moi semellantes.

Abstract: Comparative Analysis of two stories of Cervantes prose works: one of the Feliciana de la Voz (*Persiles*, III, caps. 2-5) and the other of Cornelia Bentibolli (*La Señora Cornelia*). Both of them show important aspects in common.

De entre el variado y sugerente repertorio de historias secundarias que encontramos a lo largo del *Persiles*, hay una que requiere la atención de las siguientes páginas. Se trata del episodio en donde se narran, desde el capítulo II hasta el V del Tercer Libro los trabajos de la desdichada Feliciana de la Voz.

Tras un penoso peregrinar por lugares exóticos, el escuadrón de romeros encabezado por Persiles y Sigismunda, y acompañado por Antonio, Ricla y sus dos hijos, llegan a la ciudad de Badajoz procedentes de Lisboa. Cuando apenas han caminado cinco leguas, nuestros protagonistas se ven sorprendidos por un inesperado suceso que les conducirá hasta Guadalupe, centro de la cristiandad hispana junto a Montserrat y Santiago. Es la historia de Feliciana de la Voz, una joven que, habiendo desoído los consejos paternos, se ha prometido y entregado a un hidalgo de su tierra, de quien espera un hijo.

Estando en el tiempo de parir, una visita imprevista desencadena el drama. Su padre quiere casarla con otro caballero que la espera para prometerse en matrimonio. La tardanza de la joven en salir de su habitación, los llantos del recién nacido y los sofocos de la madre, anuncian la deshonra cometida y precipitan su huida. Una criada se encarga de entregar la criatura a Rosanio,

su padre. Los enamorados, en su afán por asegurarse la vida, siguen caminos distintos que acabarán confluyendo en el Monasterio de Guadalupe, en donde se soluciona felizmente el suceso con el reencuentro de todos los implicados, la promesa de matrimonio y el perdón por los errores cometidos.

Como sucede con algunas otras historias intercaladas en el *Persiles*, la de Feliciano de la Voz es independiente del hilo principal del relato, hasta tal punto que bien pudiera constituir por sí misma una novela de menor extensión, una “novelita”, o, por mejor decir, una *novella*. Su estructura, las técnicas narrativas, los personajes y temas que aquí se introducen son muy semejantes a los utilizados por Cervantes para buena parte de sus doce *Novelas Ejemplares*, y en este sentido guarda una evidente similitud con una de ellas, *La Señora Cornelia*, ofreciéndose como una variante más de un tema común.

Cuándo compuso Cervantes la historia de Feliciano de la Voz y cuáles eran sus verdaderas intenciones (ya escrita como novela independiente, ya pensada para soportar el armazón espacial y moral del *Persiles*), son cuestiones de difícil respuesta. Menos arriesgado parece suponer que cuando nuestro escritor compuso esta “novelita”, estaba pensando en aquella otra que había aparecido años atrás, en 1613, acompañando al resto de sus narraciones cortas. Si es que no sucedió lo contrario, circunstancia ésta menos plausible si tenemos en cuenta el mayor desarrollo narrativo, así como la profundidad en el análisis de los personajes y en el tratamiento de los temas que observamos en *La Señora Cornelia*.

En ésta se narran las peripecias de dos jóvenes vizcaínos, don Juan de Gamboa y don Antonio de Isunza, quienes, tras buscar los honores militares en Flandes, deciden inclinarse por los estudios universitarios que les ofrece la ciudad de Bolonia. Allí el destino les tiene encomendada la misión de poner paz entre las familias de los Bentibolli y los Ferrara. Cornelia Bentibolli ha dado su palabra de esposa a Alfonso de Este, duque de Ferrara, y éste, bajo la promesa de matrimonio, ha gozado de su amor dejándola embarazada. La noche en que el Duque pretende huir con su

esposa a Ferrara, ésta, temerosa de las sospechas de su hermano, precipita el parto, da a luz una criatura y escapa de casa. El recién nacido, por mediación de una criada, irá a parar a las manos de don Juan de Gamboa, al tiempo que la joven madre encontrará la protección de don Antonio de Isunza. Desde ese momento nuestros dos valientes españoles tratarán de unir a don Lorenzo y el Duque, como así sucederá al final del relato, con la celebración feliz de las bodas entre los enamorados.

En ambos relatos asistimos a un mismo incidente que justifica y condiciona el resto de la intriga. Se trata del inesperado nacimiento de una criatura que queda a disposición de un “tercero”, encargado de velar por él, pues apenas si tenemos noticias de quiénes son sus verdaderos padres.

El mismo Cervantes apuesta una vez más por la ironía al referirse a este suceso como si se tratara de una situación frecuente en su tiempo, y pone en boca de don Juan de Gamboa, en *La Señora Cornelia*, el siguiente comentario:

Veis aquí, señora, el presente que nos han hecho esta noche, y no ha sido éste el primero, que poco meses se pasan que no hallamos a los quicios de nuestras puertas semejantes hallazgos.¹

Que exista una evidente coincidencia en el recurso escogido no debe conducirnos a ninguna conclusión precipitada, pues estamos ante un escritor que hace de la desaparición de criaturas, de sus raptos a manos de gitanas desaprensivas o fingidos corsarios, de sus adopciones provisionales por otros padres... uno de los incidentes más provechosos, y al mismo tiempo sorprendentes, de sus relatos. A raíz de este hecho decisivo, el resto serán trampas, engaños, sorpresas, expectación, tensión... hasta el momento de la anagnórisis definitiva y, con ella, del reencuentro de todos los personajes que desemboca en la gozosa celebración del desenlace feliz.

En principio, tanto la historia de Feliciano de la Voz en el *Persiles*, como la de Cornelia en *La Señora Cornelia*, ofrecen una

¹ Cervantes, M. de, *La Señora Cornelia*, en *Novelas Ejemplares*, ed. F. Sevilla y A. Rey, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, t.II, p.512. Todas las notas referidas a esta novela están tomadas de la citada edición.

estructura muy semejante, no sólo porque en las dos asistamos a una misma disposición tripartita de la materia narrativa (perturbación-peripecia-anagnórisis), sino también porque ambas historias están sometidas a un hilo argumental primario del que dependen y sobre el que decansan, el único eje que da sentido a la narración.

En el *Persiles* parece evidente: Feliciano se cruza en el camino de nuestros protagonistas, Periandro y Auristela, y una vez que se resuelven sus infortunios desaparece sin apenas dejar rastro, al igual que lo habían hecho con anterioridad Rutilio, Transila, Mauricio, Clotaldo, Renato, Eusebia... En *La Señora Cornelia*, el suceso que se narra al detalle es uno de los muchos que les suceden a don Antonio y don Juan a lo largo de su viaje por Flandes e Italia, y el que recuerdan más gratamente durante el resto de sus días.

De este modo, estamos ante una organización-marco que propicia la técnica de intercalar un número indeterminado de historias secundarias en torno a un único soporte estructural basado en la continua presencia de unos personajes centrales. Feliciano y Cornelia constituyen, pues, un eslabón más de otro viaje, el que realizan los verdaderos protagonistas, quienes demuestran de nuevo su espíritu generoso y la nobleza de sus sentimientos al ayudar de manera desinteresada a aquellos que lo necesitan. De modo que aunque la historia de nuestras dos jóvenes es suficiente para atraer la atención del lector, éste sabe que siempre deberá volver al punto de partida, esto es, al universo en el que se desenvuelven los auténticos protagonistas, más en el *Persiles*, concebido como un relato de gran extensión, que en *La Señora Cornelia*, planteada como una *novella*.

En ocasiones los protagonistas ni siquiera integran la última pieza del engranaje narrativo, si bien en sus manos está alterar el rumbo de los acontecimientos, unas veces de manera inconsciente, en otras sabedores de que su intervención procurará la felicidad de la pareja. Así, en el caso de la historia de Feliciano, la criatura que acaba de nacer será entregada a una criada, quien, a su vez, la pondrá en manos de Rosanio que, ante el temor de ser

descubierto por sus perseguidores, la confiará a los peregrinos para que éstos, encomendándosela a los pastores, la envíen a don Francisco de Trujillo y don Juan de Orellana.

Algo parecido sucede en *La Señora Cornelia*, donde la dama consigue que la criada ceda el niño a Fabio, criado del Duque, que por una terrible “confusión mental” resulta ser don Juan de Isunza, quien la entrega a su ama con la intención de que la alimente alguna partera.

Una vez conocida la “prehistoria” del relato, es decir, la gallardía, nobleza, discreción, generosidad y demás virtudes que adornan a nuestros jóvenes protagonistas (el escuadrón de peregrinos en el *Persiles*/ los vizcaínos en *La Señora Cornelia*), condición por otro lado indispensable, pues en ellos recae la tarea de amparar el honor y la vida de un indefenso y una inocente, asistimos al momento de mayor expectación del relato, aquel que pretende captar el interés primero del lector.

Para ello se elige la complicidad de la noche, cuya oscuridad y silencio convierte en peligroso cualquier ruido y sospechoso cualquier objeto. Da igual que ésta se cierna sobre las intrincadas calles de Bolonia que sobre los encinares extremeños, y que nuestro protagonista haya salido de casa para tomar el aire o se dirija al encuentro de unos pastores cuya lumbre es el faro que alumbra sus pasos.

En ambos casos, la situación que propiciará la entrega del recién nacido es tan descabellada como arriesgada y extraordinaria. Don Juan, “por sí o por no” [p. 505], se encuentra con un bulto en sus brazos que a los primeros llantos resulta ser una criatura de escasas horas, de extremada hermosura y por más señas varón, envuelto en ricos paños, circunstancia que le deja tan confuso como desconcertado; del mismo modo, Ricla y el resto de los peregrinos, en el *Persiles*, asisten atónitos a la inesperada entrega de un varón de gran belleza, que también comienza a llorar y que,

nueva ironía cervantina, iba “envuelta ni se supo por entonces si en ricos o en pobres paños”².

Si la criada de Cornelia entrega precipitadamente el niño a la persona que dice llamarse Fabio, cumpliendo así con el mandato de su señora, Rosanio apenas si tiene tiempo para conocer el origen y condición de los peregrinos, confiarles la criatura y suplicarles que la entreguen en Trujillo a unos amigos suyos. Todavía dispone de la precaución necesaria para confesarles que el niño no está bautizado, comentario nada irrelevante en ese proceso de peregrinación ascética que envuelve al *Persiles*.

Este pasajero interés por conocer la naturaleza de la persona a la que se entrega, como guarda y custodia, un preciado bien, es motivo destacado de ambos relatos. Al igual que Rosanio:

- ¿Sois desta tierra, buena gente?
- No, por cierto –respondió Periandro–, sino...peregrinos extranjeros. [p. 288]

también Cornelia se comporta de manera semejante cuando se encuentra con don Antonio de Isunza en la oscuridad de la noche:

- “¿Por ventura, señor, sois extranjero o de la ciudad?”. “Extranjero soy y español”, respondí yo. [p. 509]

En el primer ejemplo, la respuesta no condiciona el posterior desarrollo de la acción; en el segundo, es requisito indispensable, pues sólo los españoles son capaces de acometer con valentía y generosidad una empresa tan delicada. Ello explica, entre otras razones, que en *La Señora Cornelia* el padre de la criatura se enfrente a sus dos perseguidores con la ayuda de don Juan, que le libra de una muerte segura, mientras que en el *Persiles*, el padre, también acosado por un tropel de jinetes que le vienen pisando los talones, no pueda hacer frente a éstos, pues no cuenta con la ayuda suficiente en unos peregrinos desarmados y acompañados de mujeres. En ambos casos, el hecho de ser “extranjeros” permite a

² Cervantes, M. de, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, ed. Avalle-Arce, Madrid, Castalia, 1978, pág.289. Todas las citas del texto están tomadas de esta edición.

los desdichados padres confiar en la comprensión y ecuanimidad de sus inesperados cómplices y ahora amigos.

Todo se resume para Cervantes en esa suerte de idealismo que domina su obra y que convierte la “cortesía” en la virtud principal en la que se funda el altruismo y la solidaridad entre los hombres. “También...hay en las extranjeras tierras caridad y *cortesía*” [p. 288], dice Rosanio cuando se despide de los peregrinos, una vez que les ha encomendado la guarda del recién nacido; y “por la *cortesía* que suele reinar en los de nuestra nación” [p. 509], acepta Cornelia la ayuda de don Antonio, como reconocimiento a su desinteresado proceder.

Pasado, pues, el primer momento de suspense y complicación argumentales, Cervantes no duda en encadenar la aparición de la criatura con la no menos inesperada llegada de la supuesta madre, estableciendo una inevitable identificación entre ambos y sorprendiendo un vez más al lector, poco acostumbrado a noches tan ajetreadas. En ambos relatos, el personaje femenino, siendo el protagonista de la intriga, pues en ella convergen los temas principales (el amor, el honor, las relaciones paterno-filiales), es, sin embargo, el último en aparecer, retrasando así el ansiado encuentro con su hijo y propiciando el dramatismo y la expectación.

En el *Persiles*, la presentación de Feliciana refuerza el ambiente perturbador de estas primeras escenas. Una mujer, que a pesar de su desnudez delata ser persona principal, se acerca a ellos procurando encubrir un rostro que, sin embargo, desvela la hermosura de una niña de “diez y seis a diez y siete años” [p. 289]. Viene gimiendo, esforzándose porque su llanto no llegue a oídos de sus enemigos, y buscando la ayuda y protección del prójimo. En *La Señora Cornelia*, don Antonio descubre en la calle a una hermosura sobrehumana en un cuerpo de “diez y ocho años, antes menos que más” [p. 509], un “bulto negro” que se acerca a él con sollozos y suspiros ahogados, rogándole que la proteja y ampare.

A la juventud y nobleza de ambas damas se une su extremada belleza, ponderada en Cornelia, de quien se dice que su hermosura sobrepasa en mucho a la de las demás, y mitigada en

Feliciana, pues no olvidemos que en este caso el modelo incomparable de belleza lo representa Auristela, de modo que aquella tan sólo puede optar a un meritorio segundo puesto.

La belleza de las jóvenes ha sido tan estimada y celebrada por todos que de su contemplación ha nacido la pasión amorosa, el enamoramiento. El verbo “ver” (“Vi”, “me vio”, “vímonos”) se conjuga en todas sus formas posibles como manifestación del amor a través del flechazo. En ambos casos, sin embargo, la hermosura ha propiciado la angustiada situación en la que se encuentran. “Desdichada [la hermosura] a quien se la da el cielo para mayor desgracia suya.”[p. 509], se queja la dama boloñesa, al tiempo que Feliciana de la Voz advierte: “pero yo, a quien los cielos guardaban para esta desventura en que me veo”[p. 293]. Las dos tiernas madres culpan a los “cielos” de su desastrada situación, entendida como un castigo inexcusable del que deben arrepentirse.

La perturbadora aparición de la joven refuerza la tensión sostenida mediante el uso del *in medias res*. El lector exige una explicación, desea que se le aclare la verdad de ese complicado rompecabezas de personajes y situaciones anómalas. No obstante, semejante impaciencia será acallada por Cervantes, pues primero deberemos esperar no sólo a su acomodo y seguridad, sino también a su necesario sustento: “Lo primero...que me encubráis...Lo segundo, que me deis algún sustento, porque desmayos me van acabando la vida”[p. 290], implora Feliciana en un discurso muy similar al de Cornelia cuando se encuentra a buen recaudo en casa de los vizcaínos: “Si queréis que hable, dadme primero algo que coma, que me desmayo y tengo bastante ocasión para ello.”[p. 513].

El reciente parto, la apresurada huida, la tranquilidad de verse protegidas, abren su apetito (como corresponde al decorado narrativo que ambos relatos despliegan, Feliciana se alimenta de “sopa de leche”, y momentos antes su hijo lo había hecho con “leche de cabra”, mientras que Cornelia disfruta de deliciosas frutas en almíbar y azucaradas (las conocidas “conservas”) y a su hijo le alimentan con “miel”), pero también retardan la explicación razonada de tan extraordinario suceso. Ésta llegará en el momento

adecuado. En *La Señora Cornelia* la misma noche; en el *Persiles* se retrasa hasta el día siguiente para que los sobresaltos pasados no impidan la narración ordenada de los acontecimientos. En ambos casos, el relato se inicia, bien “con (el) alimento debilitado”[p. 292] de Feliciano, bien “con (la) voz doliente y turbada”[p. 513] de Cornelia.

Esta demora es un recurso que acentúa la expectación y obliga al recuerdo de las desgracias pasadas y a su publicación en detrimento de su fama. Feliciano lo admite cuando asegura que “tengo de descubrir faltas que me han de hacer perder el crédito de honrada”[p. 292], y Cornelia se expresa en términos parecidos al declarar que “aunque sea a costa de mi crédito”[p. 509], contará sus vicisitudes.

El relato que ambas doncellas ofrecen es tan semejante que parecen reproducir una misma situación. Tras la presentación (“Mi nombre es Feliciano de la Voz”[p. 293]; “Soy, en efeto, Cornelia Bentiboli”[p. 513]), aluden a su patria, ensalzan su admirada hermosura y la nobleza de su linaje, aludiendo Cornelia a su orfandad, que en el caso de Feliciano se atisba más dolorosa, “que madre no tengo por mayor desgracia mía”[p. 293]. Como en tantas otras historias de la literatura áurea, aquí también se prescinde de la figura de la madre y se intuye su ausencia como una de las causas de la tragedia.

A continuación se explica el flechazo amoroso, que en ambos relatos afecta a una joven que se ha enamorado de un caballero que la supera en riqueza. En el *Persiles* es un hidalgo riquísimo; en *La Señora Cornelia* es el mismísimo Duque de Este. El amor secreto se complica con la existencia del triángulo amoroso que afecta al desarrollo de la acción. En la historia extremeña, Feliciano es obligado por su padre a aceptar un marido que no desea; en la aventura italiana, el Duque desoye los consejos de su madre –aquí, por contra, no hay padre– que quiere casarle con la hija del Duque de Mantua.

Lejos de seguir la obediencia debida a los padres, los enamorados eligen libremente a su propia pareja y, por amor, se entregan bajo la promesa de matrimonio, dándose la palabra de

esposos, condición indispensable que rebaja la temeridad de tan indecorosa actuación (“me dio por esposo” [p. 293], dice Feliciania; “la palabra que él me dio de ser mi esposo” [p. 514], confirma Cornelia). Se trata, por tanto, de un amor que es capaz de superar todos los obstáculos que se interponen entre ellos, que rompe cualquier barrera humana que se resista (“Vémonos muchas veces solos y juntos, que para semejantes casos nunca la ocasión vuelve las espaldas” [p. 293]), en el *Persiles*; “ni guardas, ni recatos, ni honrosas amonestaciones, ni otra humana diligencia fue bastante para estorbar el juntarnos” [p. 514], en *La Señora Cornelia*).

El resultado de estos frecuentes encuentros amorosos amenaza en ambos casos con perturbar la felicidad de la pareja y proporciona el primer momento trágico. “Destas juntas y destos hurtos amorosos se acertó mi vestido” [p. 293], confiesa eufemísticamente Feliciania para referirse a su inesperado embarazo, por cierto muy semejante al episodio de Cornelia, cuando manifiesta que “al cabo de pocos días me sentí preñada y antes que mis vestidos manifestasen mis libertades...” [p. 514].

Parece extraordinariamente sorprendente que en ninguno de los dos relatos nadie, salvo una criada fiel, se haya percatado del embarazo de las dos jóvenes. Ciertamente comprensible resulta, por contra, que den a luz justo en el momento más inoportuno, si tenemos en cuenta el peligro al que se ven sometidas.

Así, al padre de Feliciania, que “ya había entrado en los términos que la naturaleza pide en los partos” [p. 293], no se le ocurre otra feliz idea que presentarse en casa con Luis Antonio, el pretendiente que su hermana había rechazado por el amor de Rosanio, con el propósito de concertar las bodas. La confusión reinante, unida al pánico, explican que “dando un gran suspiro, arrojé una criatura en el suelo.” [p. 294].

Por su parte, Cornelia, a la espera de que su enamorado la lleve a Ferrara para que dé a luz, sintió “pasar a mi hermano con otros hombres, al parecer armados...de cuyo sobresalto de improviso me sobrevino el parto, y en un instante parí un hermoso niño.” [p. 515].

El miedo a ser descubiertas, el temor a la cruel venganza de sus mismos parientes, es la única razón que explica el parto sobrevenido y la huida precipitada. En el caso de Feliciano porque “como sea natural cosa el desear conservar la vida de cada uno, del temor de perderla salió en mí el ánimo de remediarla”[pp. 294-95]; en el de Cornelia por el “miedo que me había puesto la cuadrilla armada de mi hermano, creyendo que ya esgrimía su espada sobre mi cuello.”[p. 515].

Afortunadamente, la aparición de la criada, conocedora de los asuntos amorosos de su señora, ayuda a la resolución feliz de ambos episodios, entregando la inocente criatura a su verdadero padre. Así sucede en el *Persiles*, si bien en *La Señora Cornelia* dicha entrega pasa por la colaboración de otro criado, Fabio, confundido con don Juan de Gamboa. La criada, por tanto, resulta ser un personaje meramente funcional, del que no volveremos a saber más, y que se encarga por error de separar a la criatura de su madre.

El contrapunto de la criada es el ama, que cuidará del recién nacido. Si en la novela italiana es un personaje imprudente y desleal, en la aventura bizantina es la hermana de uno de los pastores. En ambos casos, este personaje se encarga de acercar el niño a la madre, sin que en ninguna de las dos novelas el primer encuentro suponga el reconocimiento deseado. En *La Señora Cornelia*, el niño lleva unos paños humildes que dificultan la anagnórisis, si bien el encuentro es muy delicado, pues Cornelia, quebrantando las leyes de la naturaleza, pretende dar de mamar a la criatura. En el *Persiles*, el niño va envuelto en unas mantillas que la madre no reconoce como suyas.

De este modo, las señas externas, por ser alteradas o desconocidas, impiden el verdadero reconocimiento. Pero a su vez tampoco funciona esa “química” sentimental que se impone en algunos otros relatos cervantinos. Me estoy refiriendo a eso que Feliciano ha dado en llamar “la sangre” cuando ruega que le traigan a la criatura que los peregrinos habían recibido la noche anterior, con la excusa de que “quizás la sangre haga su oficio.”[p. 295].

Es el mismo tema que está funcionando en *La fuerza de la sangre*, y que provocará los momentos más emotivos en *La Gitanilla* o *La española inglesa*, entre otras, cuando los hijos perdidos se encuentran ante sus padres verdaderos y éstos, tras un primer mirar, se sienten perturbados por una extraña intuición amorosa.

Así, aunque Cornelia se reconforta con la visión de la criatura, al igual que le ocurre a Feliciano, no la reconocen como suya, circunstancia que resulta muy significativa si tenemos en cuenta que son los únicos que están en el error, pues todos los que las rodean parecen convencidos de lo contrario.

Cuando Cornelia contempla al niño por segunda vez, envuelto ahora con sus mantillas y paños, y le reconoce como tal, don Juan, a quien se debe todo el embrollo del cambio de vestidos, confiesa que él estaba convencido de que aquella era la criatura que buscaba la joven. En el caso del *Persiles*, no sólo Riela, quien nada más ver aparecer a Feliciano conjetura que “aquella, sin duda, debía ser la madre” [p. 290], sino también el más anciano de los pastores, quien, a pesar del rechazo de la propia madre, insiste en llevar a la criatura a Trujillo convencido de que sí es hijo suyo.

El reconocimiento de los hijos perdidos, uno de los recursos más utilizados por Cervantes en su arte de narrar, constituye, por tanto, el momento más emotivo del relato y configura su desarrollo posterior. Precisamente, aquí reside una de las variantes que distingue a ambos relatos, tan similares en cuanto a su esquema de composición. El hecho de que Cornelia reconozca a su hijo, de donde se sigue el encuentro y la unión definitiva, supone una novedad esencial con respecto a la historia de Feliciano, quien, al no aceptar al suyo, nos sorprende con la inesperada decisión de viajar a Roma con el grupo de peregrinos.

Llegados a este punto, en *La Señora Cornelia* Cervantes se encarga de encadenar una serie de situaciones tan inverosímiles como recurrentes, pues todas ellas tienen el fin de retardar la anagnórisis final. Esta demora apenas si contribuye a despertar el interés del lector, pues tan sólo se limita a la búsqueda de Cornelia y a la celebración de las bodas, ya que tanto su hermano como su futuro marido están de acuerdo en lo principal.

Por contra, en el *Persiles*, la historia de Feliciana también se demora hasta quedar relegada a un segundo plano. Feliciana pierde protagonismo y su episodio se confunde con las digresiones temáticas –las reflexiones sobre la Fortuna expresadas por Auristela–, la interpolación de una nueva aventura –la desgraciada muerte de D. Diego Parraces, de la que son acusados los peregrinos–, las moralizaciones de contenido religioso –la descripción del Monasterio de Guadalupe y la exaltación de las virtudes de su Patrona, cuyos milagros asombran al mundo entero–...

Sin embargo, tanto la Bolonia italiana, universitaria y cortesana, como el Trujillo extremeño, rural y linajudo, son el escenario de un mismo conflicto, aquel que desencadena la acción: un caso de honor relacionado con el linaje y el dinero. Don Lorenzo, el hermano de Cornelia, entiende que el Duque de Ferrara ha abusado de su condición y engañado con falsas promesas a su hermana, atropellando el honor de su casa. Ante estos hechos, don Lorenzo necesita y exige una reparación que llegará con el tan temido duelo. Tal circunstancia no será necesaria, pues el Duque no es un mujeriego embaucador y mentiroso, sino un sincero enamorado de Cornelia y, por tanto, está dispuesto a cumplir en público la palabra de matrimonio que le ha dado en secreto.

En el *Persiles* ocurre una situación muy similar, si bien la presencia de los ofendidos no se produce hasta el desenlace y tan sólo conocemos de ellos sus furiosas intenciones de matar a la hija y vengarse del ofensor. En este caso, Feliciana no ha aceptado al pretendiente elegido por la familia, un caballero noble, sino que se ha inclinado por un hidalgo de gran fortuna, y sus familiares temen el engaño y la deshonra. En ambos casos, y como es costumbre en Cervantes, el honor se perfila como una convención literaria, un sentimiento tan frágil que se quiebra cuando se impone el sentido común. Aunque la joven no guardó el decoro exigible a su persona, las fuerzas poderosas del amor turbaron su mente, y puesto que ni siquiera la violencia consigue lavar la afrenta ya cometida, se impone una solución feliz y comprensible, ya que los

agravios por amor siempre encuentran alguna disculpa en quienes lo cometen.

La solución de ambas historias es feliz y viene proporcionada por el encuentro definitivo de todos aquellos que han intervenido en el suceso. El final rebaja la tensión acumulada a lo largo del relato mediante el desencanto y la sorpresa, primero, y el posterior júbilo desbordado.

El desenlace del *Persiles* resulta, sin duda, más creíble e ingenioso que el de *La Señora Cornelia*. En ésta, el Duque, tras recuperar a su mujer e hijo, todavía tiene humor para engañar al cuñado y a los vizcaínos, haciéndoles creer que se casa con una campesina. Semejante noticia está a punto de costarle al vida, pues los invitados a la boda no ocultan su indignación ante tan absurda decisión. Cuando se descubra el engaño –la campesina no es otra que Cornelia– todo quedará en una divertida broma que estallará en regocijo, admiración..., en fin, “el general contento de todos.”[p. 539].

Por contra, la historia de Feliciano se soluciona, también de manera feliz, en el interior del recinto del Monasterio de Guadalupe. El encendido canto a la Virgen que entona Feliciano de la Voz, además de justificar el sobrenombre con el que se la conoce, es un reclamo necesario para ser reconocida por su padre, que había llegado hasta allí en su búsqueda. Cuando la tragedia se avecina en forma de muerte violenta, asistiremos a la precipitada llegada de Rosanio y sus amigos trujillanos. El galán reclama su derecho a elegir pareja, critica los matrimonios concertados (uno de los temas más queridos por Cervantes), declara su amor por Feliciano y promete cumplir con la palabra de esposo.

Esta sincera confesión, y la mediación de todos los presentes, permite ablandar el corazón de los vengativos familiares y propicia la aparición de las lágrimas, los suspiros y regalos, “con cuyo suceso quedaron todos alegres”[p. 312]. En el caso del *Persiles*, tampoco podía faltar la referencia religiosa que explica además el sentido último del relato bizantino, y así “todos confesaron sus culpas (y) recibieron los sacramentos.”[p. 308].

Don Francisco Pizarro y don Juan de Orellana son para Feliciano lo mismo que don Antonio de Isunza y don Juan de Gamboa para Cornelia. Incluso, los ilustres apellidos a los que Cervantes encomienda la solución de los respectivos conflictos, no sólo eran conocidos por los lectores de su tiempo, sino que están muy ligados a la existencia de nuestro autor, dotando así al relato de una mayor verosimilitud.

La mediación de un tercero, cuya noble condición le convierte en moderador indispensable del conflicto, permite rebajar los ánimos y ayuda al feliz desenlace. En este sentido, el protagonismo de los amigos vizcaínos supera con creces la inesperada intervención de los caballeros trujillanos, y ello se explica atendiendo a la diferente concepción que ambos relatos proponen. En el caso de *La Señora Cornelia*, los vizcaínos encuentran a la criatura, amparan a su madre, salvan la vida del padre y ayudan al tío, estando dispuestos, además, a defender la honra de Cornelia, la vida del Duque y el honor de don Lorenzo. Por su parte, los caballeros trujillanos, a quienes se alude con frecuencia a lo largo de la historia, tan sólo intervienen al final, pues el resto del episodio depende de la peregrinación de Auristela y Periandro.

En ambos relatos, su intervención, más o menos decisiva, se interpreta como un intento por ordenar la intriga y resolver los conflictos creados por otros personajes, al tiempo que dotan a la historia de una perspectiva menos lineal. Si bien la intriga se ha solucionado ya, la narración permanece todavía abierta, pues es necesaria para ello cerrar el marco que la mantiene. Se nos cuenta entonces cómo los jóvenes vizcaínos regresaron a casa regalados con gran liberalidad por sus amigos italianos, a quienes darán cuenta de sus matrimonios respectivos y con quienes mantendrán correspondencia. Del mismo modo, Periandro y Auristela, junto a sus compañeros de peregrinación, permanecerán algunos días en tierras extremeñas agasajados por sus amigos, hasta que decidan continuar un camino que todavía les va a proporcionar nuevas y peligrosas aventuras.